

En una palabra, la ascética es la ciencia y el arte de poner en orden el mundo interior de las potencias del alma, de suerte tal que el espíritu, fortalecido por la gracia, pueda dominarse por completo.

## CONFERENCIA X

### EJERCICIO PROPIO DEL ESPÍRITU EN LOS LÍMITES QUE LE CONVIENEN

1. No solamente todo en el hombre hállase desconcertado, sino que él mismo está fuera de su lugar. ¿Por qué?—La moderna filosofía francesa muestra extraordinaria predilección por lo que llama psicología, <sup>(1)</sup> es decir, por la explicación fundamental, por sus últimas causas, de los actos humanos y de los acontecimientos históricos. Si no hubiese en ello demasiado positivismo y evolucionismo, merecería nuestro aplauso esa vuelta á la filosofía de la historia. Aunque exagerada, como ocurre con toda nueva dirección, nadie podrá negar que, en este terreno, ha hecho muchos y hermosos descubrimientos y más de un feliz empleo.

Sin embargo, en tanto que lo explica todo psicológicamente,—historia, literatura, arte, fenómenos naturales, religión, etc.—omite inconsideradamente el propio yo. Prueba evidente de que los hombres siempre son los mismos, y de que la moderna ciencia no cambia el interior del que á ella se dedica, sino que sigue siendo como antes, es decir, como en los tiempos de ignorancia.

Ningún hombre capaz de juzgar por modo equitativo, recriminará á su prójimo por el hecho de sentir extrema-

(1) Z. B. Th. Ribot, *La psychologie de l'attention*; Binet, *Psychol. du raisonnement*; P. Paulhan, *Psychol. de l'invention*; G. Danville, *Psychol. de l'amour*; Le Bon, *Psychol. des foules*; *Psychol. du socialisme*; M. Pilo, *Psychol. du beau et de l'art*; A. Fouillée, *Psychol. des idées-forces*; *Psychol. du peuple français*; L. Ferri, *Psychol. de l'association*; J. Joly, *Psychol. des grands hommes*. Esta tendencia se ha manifestado también en el terreno religioso. Z. B. H. Joly, *Psychol. des saints*; Pacheu, *Psychol. des mystiques*; Chollet, *Psychol. des élus*; *Psychol. du purgatoire*; *Psychol. du Christ*, etc.

da repugnancia en lanzar una mirada á su interior. Y, sin embargo, es necesario, y ciertamente, algo más que una simple mirada. Mas requiere esto un esfuerzo supremo de que muchos no son capaces. Sí, examinar la conciencia, es para el hombre una de las cosas más difíciles.

Todos conocen la causa de ello, por más que todos tengan buenas razones para ocultársela á sí mismos.

Casi nada hay en nosotros que ocupe el puesto que le conviene exactamente. Un salón contemplado á la salida de una orgía nocturna, es quizás la imagen que mejor nos hace comprender el estado de nuestro interior. Admitimos que los concurrentes al banquete no eran precisamente vándalos, y que no lo han arrasado todo. No obstante, el aspecto está muy distante de ser bello. Todo ha sido allí cambiado de puesto, trastornado; reina allí el desorden más completo.

Tal es el extremo á que llega el hombre cuando pierde el dominio de sí mismo. Desgraciadamente, le ocurre esto con demasiada frecuencia.

¿Qué decir ahora del hombre considerado en sí mismo? Pregunta es esta muy impertinente,—se responderá—pregunta que á lo sumo podría perdonarse á un médico. Pues bien, no nos mueve á formularla la curiosidad, por cuanto ésta poco va ganando en ello, sino el amor á la humanidad, á fin de poner en guardia al médico y socorrer al enfermo. «No sé lo que me pasa,—se dice uno á sí mismo—y, con todo, no cometo excesos. Sin embargo, no me siento bien, hoy no doy pie con bola; no puedo trabajar ni pensar; paréceme que no estoy en mi centro».

Tal es la imagen exacta del hombre caído. Todo está trastornado en él, y ni siquiera él mismo ocupa el puesto que le conviene. He aquí al hombre tal cual es; una estrella extraviada en su camino, un príncipe arrojado de sus Estados, un ser descontento de su situación, el cual, en castigo de ello, ha perdido cuanto poseía sin hallar lo que deseaba.

La desgracia del hombre comenzó cuando, descontento

de la situación privilegiada que la subordinación á Dios le había concedido, quiso elevarse por encima de sí mismo. La consecuencia de ello fué la caída que dió. Á consecuencia de la gravedad de esta caída, quedaron perturbadas todas sus potencias. De aquí su triste situación. «Dios—dijo el profeta—ha derramado en él el espíritu de vértigo y anda desatinado como un borracho». <sup>(1)</sup>

La causa del mal ha sido la presunción, el orgullo. El medio para volver á ordenarlo todo, es la práctica de la humildad.

**2. Los dos reinos; un doble amor es la razón de su separación.**—Aquí es únicamente donde se ve la manera tiránica con que el orgullo se ha apoderado del corazón, y la salvaje resistencia que opone la naturaleza cuando se trata de arrancar este germen y dar el paso decisivo del que ha de provenir la curación.

Lo que el Espíritu de Dios considera como lo más indispensable para lograr este fin, aprécialo el espíritu humano corrompido como la mayor injuria que pueda inferirsele. Apenas si quiere saber de que se trata.

Solamente aquí comprendemos el sentido completo de la imagen de los dos campos ó de los dos reinos, tan frecuentemente empleada en la Escritura y en el lenguaje de la Iglesia.

La mayor parte de nuestras grandes ciudades, por cuanto contienen todavía grandes núcleos de población cristiana, nos ofrecen un ejemplo excelente para expresar lo que nos proponemos. Puédeseles aplicar á la letra el relato bíblico referente á Rebeca: «Concibió y advirtió un día que llevaba dos niños en su seno. Entonces le dijo el Señor: Hay en ti dos pueblos que se distinguirán esencialmente. Pero el mayor acabará por servir al menor». <sup>(2)</sup>

Esto es lo que vemos realizarse cada día ante nuestros ojos, y nosotros mismos trabajamos en su cumplimiento sin darnos cuenta de ello.

(1) Is., XIX, 14.

(2) Gen., XXV, 22 y sig.

Las calles de nuestras ciudades ofrecen un aspecto muy diferente según sea la hora que por ellas pasemos. Por la noche, pudiera creerse que estamos en una ciudad completamente distinta de la que hemos visto á la mañana. ¡Cuán silenciosas, modestas y sencillas son las personas que encontramos al alba! Caminan sin detenerse y no tardan en desaparecer en la iglesia vecina. Pero ¡cuán diferentes son aquellos que, parecidos á las aves nocturnas, empiezan á revolotear cuando el sol traspone el horizonte!

Pero lo más curioso es que estas dos categorías de personas habitan en las mismas casas y no se conocen.

Ocurre siempre lo mismo que en la Roma de las catacumbas. Cuando los espectáculos y las fiestas de toda especie congregaban la ciudad entera, una porción de sus habitantes, la más pequeña, pero la más importante, negábase á concurrir á semejantes centros; y cuando, por lo contrario, volaban éstos, en el silencio de la noche, hacia la luz de Dios, sus numerosos conciudadanos, sumergidos en el sueño, no pensaban que hubiese en medio de ellos otra vida que no comprendían, y por la cual no sentían la menor inclinación.

Así ocurre de ordinario en el mundo. En él se hallan el bien, la salud, la vida. Pero no quieren verlos, y se acaba por no poder distinguirlos, aunque se quisiese. El mundo no busca seriamente la verdad, y evita hablar de ella.

El Salvador ha dado numerosas pruebas dignas de fe relativamente á su persona y á su doctrina, y, sin embargo, «las tinieblas huyen de la luz». <sup>(1)</sup> Vive y obra en el mundo que ha creado y salvado, que conserva y rige, y «éste nada quiere de Él». <sup>(2)</sup> Ciertamente, no son libros para defender la verdad, instruirse y llegar á la perfección los que hacen falta, sino lectores. Estudiamos las mismas fuentes en que han bebido otros el entusiasmo para realizar acciones heroicas é imitar á los santos; pero

(1) Ioan., I, 5; III, 19.

(2) Ioan., I, 10.

de ellas nos servimos para representar los tiempos cristianos como un abismo de ignorancia y de desorden, y la vida de los más insignes campeones de Dios como un tejido de locuras sin nombre.

Ahora bien, cuando los hermanos se alejan así los unos de los otros; cuando hombres que hablan la misma lengua no se entienden, preciso es que sea muy profunda la razón de esta divergencia, por lo que sólo puede residir en la voluntad y el corazón.

Y, en realidad, de aquí es de donde parte la ruptura que divide á la humanidad en dos campos extraños, y aun hostiles. No son las ideas las que separan á los hombres, sino las inclinaciones y repulsiones del corazón.

La historia del mundo no es el resultado prudentemente calculado de principios claros y sólidos, sino antes bien el efecto accidental de las pasiones constantemente movibles é imposibles de reducir á cálculo.

«El mundo está gobernado por dos amores, sobrenatural el uno, y no completamente natural el otro. El uno es santo, el otro impuro; el uno está sometido á Dios y de aquí que aspire á lo alto y eleve consigo al mundo; el otro es enemigo de Dios, y por esto arrastra hacia abajo y quiere someter el mundo entero. Allí donde el uno prefiere la verdad á las alabanzas de los que tan fácilmente caen en el error, busca el otro únicamente el honor por cualquier medio. Si el uno desea para el prójimo lo que anhela para sí, procura explotarlo el otro en su provecho. Si el uno sirve al prójimo por consideración á éste y para honrar á Dios en el hombre, aplástalo el otro para aprovecharse de sus despojos». <sup>(1)</sup>

Así habla San Agustín.

Pues bien, esto ha debido conducir necesariamente á la formación de dos sociedades, por no decir dos Estados, que, fuera de los ejercicios ordinarios de la vida cotidiana, nada tienen de común entre sí. El uno es la sociedad de los que viven según el mundo; el otro la sociedad de los que

(1) Augustin., *Gen. ad lit.*, 11, 15, 20.

viven según Dios. <sup>(1)</sup> De un lado el reino del mundo, del otro el reino de Dios. Aquí Jerusalén, allí Babilonia. Aquí la sociedad de los santos, y enfrente la sociedad de los que, conscientemente ó no, han declarado guerra á Dios y á los santos.

Estas dos sociedades existen desde el principio del mundo, y durarán hasta su fin. <sup>(2)</sup> Sus miembros se cruzarán y se entrecruzarán en la vida, chocarán entre sí y se harán la guerra, hasta que el juicio final los separe definitivamente. Los unos aumentan sus méritos soportando las penas que los agobian; los otros hacen el mal en detrimento de ellos. Los unos oran, bendicen, enriquecen; los otros seducen, corrompen y no hacen más que crear obstáculos al bien.

Pero lo que separa ya ahora á estas dos sociedades, si quiera esto no sea evidente, y de suerte tal que con frecuencia podría creerse que es imposible una inteligencia entre ellas, es un amor diferente. Aquí el ordenado amor de Dios; allí el desordenado amor propio. <sup>(3)</sup>

Si, un amor diferente es el que ha creado estas sociedades diferentes. El amor propio, que llega hasta suprimir á Dios y despreciar á todos los que le sirven, ha dado nacimiento al reino del mundo. El amor de Dios, que hace que el hombre se olvide de sí mismo para entregarse á su criatura, ha hecho nacer el reino de Dios. <sup>(4)</sup> Así, pues, tanto como el amor propio haga oposición al amor de Dios, aparecerá separado el mundo en dos campos irreconciliables.

**3. Sus signos característicos son el orgullo por una parte y por otra la humildad.**—Por consiguiente, de un lado el reino de Dios con la verdad por jefe, el amor por ley y la eternidad por duración. <sup>(5)</sup> Del otro, el reino del mundo, que se apoya únicamente en la codicia de la carne,

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 15, 1, 1.

(2) Augustin., *Catech. rud.*, 19, 31; 21, 37.

(3) August., *Civ. Dei*, 14, 13, 1.

(4) Augustin., *C. Dei*, 14, 28.

(5) Augustin., *Ep.* 138, 3, 17.

en la inclinación desordenada de los ojos y en el orgullo de la vida. <sup>(1)</sup>

Exteriormente, los miembros de estos dos reinos viven juntos; interiormente tienen también muchos rasgos comunes. El mundo no es todo mentira y maldad. Se ha apropiado del reino de Dios muchas hermosas y buenas cosas, y precisamente en esto consiste su fuerza y los peligros que origina. Recíprocamente, no pocas de las semillas que contiene caen en el campo de Dios, y producen en él malas hierbas en abundancia, hasta la época de la recolección. Esto es precisamente lo que constituye la debilidad del reino de Dios aquí bajo.

Pero también hay algo que separa <sup>(2)</sup> interiormente los corazones, pudiendo servir así de nota distintiva á cada uno de estos reinos.

Por débiles que á veces sean los partidarios del reino de Dios, quieren por lo menos lo que Dios quiere; porque si alguno no tiene esta intención, no forma parte del ejército de Dios. Pero los partidarios del otro reino, aunque hagan el bien y digan verdad, obran así, no porque lo quieren, sino porque les place. <sup>(3)</sup> Amar á Dios, someterse á Él; tal es la línea de conducta que siguen los primeros. <sup>(4)</sup> La independencia personal; tal es la regla de los segundos. Todos los inflados de orgullo y presunción, todos los que sienten sed de dominio, todos los ambiciosos, aunque se hagan mutuamente la guerra, están unidos en la misma sociedad por el lazo del amor propio; á fin de conseguir su objeto.

Por lo contrario, todos los que buscan con humildad, no su propio honor, sino el honor de Dios, y le rinden homenaje con corazón piadoso, forman igualmente una sola sociedad. <sup>(5)</sup>

Así, pues, lo que separa á los dos reinos, lo que da á

(1) I Ioan., II, 16.

(2) Augustin., *Ps.* 136, 1.

(3) Augustin., *Conf.*, 12, 25, 34.

(4) Augustin., *Civ. Dei*, 2, 19: 10, 7.

(5) Augustin., *Catech. rud.*, 19, 31.

cada uno de ellos su nota particular, es, de una parte, la humildad, y, de otra, el orgullo. <sup>(1)</sup>

El orgullo es precisamente ese falso amor propio á que ha dado nacimiento el reino de las tinieblas. Orgullosos es el que vive según su propio espíritu, el que deliberadamente se rebela contra Dios. <sup>(2)</sup> Orgullosos es el que no escucha más que las inspiraciones de su propio espíritu, el que sólo conoce su propia voluntad.

Pero el que comprende el Espíritu de Dios, debe ante todo someter humildemente su espíritu á Dios. <sup>(3)</sup>

Por esta razón se decía en las épocas de fe que la humildad era el estandarte de Jesucristo, y el orgullo el estandarte de Satanás. <sup>(4)</sup>

En aquellos tiempos, llamábase orgullo, vanidad, presunción todo lo que entibia al mundo, lo aleja de Dios y le arrastra hasta luchar contra Él y los suyos. <sup>(5)</sup>

Á pesar de que rendía homenaje á las hazañas de los paganos y de los héroes profanos, la Edad Media cristiana creía poder caracterizar en estos términos el espíritu que los animaba:

«Obran con gran temeridad, como lo hacen siempre los condenados. <sup>(6)</sup> Hay en ellos sobrada presunción, y se engríen de sus propias fuerzas. Por esta razón, no comprenden, en lo que á ellos se refiere, que quien no vive según la voluntad de Dios, está siempre en oposición con Él». <sup>(7)</sup>

Por lo contrario, la Edad Media consideraba la humildad como la nota característica de los servidores de Dios, de los caballeros de Nuestro Señor, de los verdaderos hijos de Dios. <sup>(8)</sup>

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 14, 13, 1.

(2) Augustin., *Psalms*, 142, 12.

(3) Augustin., *Psalms*, 141, 5.

(4) Guerric., *In solem. SS.*, n.º 5. Hugo a S. Charo, *In Ps.* 77, 43 (Isid. Hisp.), *Conflict. vit.*, 4 (Migne, 83, 1133, c).

(5) Lamprecht, *Alexanderlied*, 798 y sig., 1172, 1175, 3258 y sig., 3292 y sig. *Parzifal*, 348, 28; 456, 12: 604, 12 (Bartsch, 7, 328; 9, 702; 12, 642).

(6) Konrad, *Rolandlied*, 289 y sig., 3361, 4604,

(7) *Ibid.*, 3478 y sig.

(8) *Parzifal*, 170, 21 y sig.; 473, 1 y sig. (Bartsch, 3, 1637 y sig.; 9, 1201 y sig.).

«Los servidores del mundo—dice—disputan por el honor; los caballeros del reino celestial luchan con humildad por la salud de las almas y por la recompensa eterna. Ahora bien, manifiestan esta humildad con la sumisión á Dios, y á los hombres por amor á Dios». <sup>(1)</sup>

**4. Parte que el orgullo tiene en todo pecado.**—Semejantes expresiones no son del gusto del mundo. Todavía se las perdona á los antiguos, porque no podían comprender con exactitud las ideas que entrañan. Pero si intentásemos renovarlas en nuestra época, preciso sería que nos hallásemos dispuestos á ser acusados de mortificante dureza y falta de gusto.

Sin embargo, la verdad permanece eternamente la misma, y siempre habrá quien se atreva á sostenerla.

Si examinamos hoy á los hombres según su verdadera naturaleza; si los apreciamos de cerca, no podremos usar diferente lenguaje del que se empleaba antiguamente. Toda justicia humana, toda perfección cristiana, toda virtud natural y sobrenatural está basada en esta verdad; el hombre debe dirigirse á Dios como á su único y último fin, y someterle todas las potencias de su alma.

Por lo contrario, la única causa de todo mal consiste en que se aparta de Dios, en que emplea sus potencias en su propio provecho personal en vez de ponerlas al servicio de Dios, en que quiere ser su propio dueño, excluyendo la soberanía de Dios sobre él. <sup>(2)</sup>

Por consiguiente, todo pecado comienza por un acto que consiste en apartarse de Dios. <sup>(3)</sup> La nota característica y la razón universal de todo mal <sup>(4)</sup> son la negativa á obedecer á Dios, en otros términos, el orgullo.

La mayor parte de las veces se añade aún á esto la mala inclinación á un objeto creado cualquiera, ó el uso de este objeto contra la voluntad de Dios.

(1) Konrad, *Rolandlied*, 214 y sig., 4719 y sig., 6206.

(2) Augustin., *Gen. c. Manich.*, 2, 9, 12; *Spir. et lit.*, 7, 11.

(3) *Eccli.*, X, 14. Thomas, 1, 2, q. 84, a. 2.

(4) Isidor., *Sent.*, (*Summ. bon.*) 2, 38. Julian. Pomer. (Prosper), *Vita contempl.*, 3, 2. Gregor. Magn., *Mor.*, 34, 48.